

EL SILENCIO DE SAN JOSÉ

Lo primero es daros las gracias por poder compartir este ratito con vosotros sobre el silencio de San José en este su día de fiesta. ¡Es un gran gozo para mí!

Al ponerme a preparar estas palabras sobre el silencio de san José, lo primero que pensé es ir a ver si santa Teresa, que tenía una grande y verdadera devoción a san José, había dicho algo. Recordé cosas preciosas y muy importantes que escribí, fruto de su experiencia. San José fue artífice de su curación, de su conversión y de su fundación del convento de san José. Fue también su maestro de oración y estuvo presente en su vida mística... pero no nos dijo nada sobre su silencio.

Sólo he encontrado dos anécdotas curiosas. La primera es que el silencioso san José le habló a Santa Teresa para decirle que no le faltaría el dinero para pagar a los albañiles.

También sabemos que siempre llevaba consigo en las fundaciones una imagen de bulto de san José, que recibía el título de “san José del Patrocinio”. Y que cuando la nombraron priora de la Encarnación, en 1571 y supo del descontento de la mayoría de las monjas para recibirla, llevó consigo esta imagen el día de la toma de posesión, y que al tiempo que colocó la imagen de la Virgen en la silla prioral, acomodó la de san José en la silla subprioral. Y lo más curioso es que a esa imagen, que podemos ver en la actualidad en el museo de la Encarnación, se la llama El Parlero porque cuando santa Teresa se tenía que ausentar del convento, a la vuelta, él le contaba todo lo que habían hecho las monjas en su ausencia. Y que de tanto hablar se quedó con la boca abierta. De hecho existe una poesía muy graciosa del hermano carmelita Florian del Carmelo que lo cuenta. Sólo os leeré la estrofa que está relacionada con el silencio.

Le pregunta santa Teresa:

“¿Y el silencio?”

Y contesta san José:

“así, así...”

No del todo satisfecho

Que a veces llega hasta aquí

Un cierto quiriquirí

Al que yo no estoy muy hecho.

Bueno al menos sabemos que no era un tímido al que no le gustaba hablar, sino alguien a quien no le gustaba ni el ruido ni las habladurías.

Pero ¿qué es el realmente el silencio?

Pitágoras decía que “el inicio de la sabiduría es el silencio”, y Gandhi nos dejó dicho que “su mayor arma” era “el silencio”. Hemingway afirmaba que “el ser humano necesita dos años para aprender a hablar, y sesenta para aprender a callar”. Todas las religiones lo fomentan. ¿Será que el silencio es la clave de la vida humana?

Pero hoy nos toca hablar del silencio de San José.

Desde luego en la Biblia José habla poco, muy poco... nada. Vemos en el Evangelio sus pensamientos y sus penas, sus relaciones con los ángeles, su castidad virginal, su justicia, su pronta obediencia a las órdenes de Dios, sus viajes con Jesús y por Jesús, su exactitud en el cumplimiento del deber religioso, su solicitud por el cuidado de la Sagrada Familia, ... pero palabras ni una.

Pero si un gesto dice más que mil discursos... y a veces, callando decimos más que hablando, quizás podamos decir que San José nos dejó muchas cosas dichas aunque no con palabras. El amor se manifiesta en las obras, y San José es el amor puesto en práctica. ¡Qué gran responsabilidad la de llevar adelante a la Sagrada Familia! ¡Cuántas murmuraciones, desvelos, preocupaciones y cansancios, tuvo que pasar! ¡Cuántos gestos tuvo que tener para “hacerse cargo”, como dice el Papa Francisco, de esa paternidad que no era suya, sino de Dios. Gestos y silencios.

Fueron muchos los actos de fe, esperanza y amor que tuvo que hacer desde que María y Jesús entraron a formar parte de su vida. Ante la situación de María, su primera reacción fue de “dejarla en silencio”, sin acusarla públicamente. Fue seguramente su primer gran silencio, y quizás también el momento en el que tomó el silencio como actitud interior que le sería necesaria para avanzar. Escogió callar para poder responder a la vocación a la que le llamaba Dios. Ésta, creo yo que es la verdadera razón del silencio de San José: para poder ajustarse a la llamada de Dios.

El silencio de José no tiene nada de ingenuo, no es el silencio del que no se entera o no quiere complicarse la vida. Porque José sí se entera: se entera de que su prometida está embarazada; se entera de que su hijo no es su hijo; se entera de que el niño está en peligro; se entera de que su hijo se ha perdido; se entera de que su hijo es especial... Y como se entera, pone el silencio en su vida.

El silencio de José es el silencio del que se calla porque está ante el misterio. Y ¡qué gran misterio le tocó vivir a José! Él tuvo que aceptar ir siempre más allá, más allá de lo que podía ver, oír o sentir. San José tuvo siempre que aceptar caminar fiándose de Dios... y en esas circunstancias no son necesarias las palabras. Al revés, casi estorban, porque dispersan y disminuyen las fuerzas. En esas circunstancias es mejor callar, hacer silencio, agarrarse fuertemente a Dios en su presencia. Y así lo debió de hacer él.

¡Claro que enseñaría a Jesús a decir “papá” y “mamá”, y a rezar! ¡Claro que tuvo que utilizar palabras para enseñarle el oficio de carpintero! ¡Claro que hablaría con María para tomar las decisiones del día a día! Pero la respuesta interior le pedía fuerzas espirituales que sólo el silencio le podía dar. Y así comenzó un camino hecho de obediencia oscura para el que necesitaba silencio, pues se trataba de estar a la escucha de Dios, de su Voluntad. Pienso que así nos es más fácil comprender por qué San José es el gran silencioso.

Creo que todos, aunque unos más que otros seguramente, hemos hecho esta experiencia: una situación difícil o importante nos pide silencio para reflexionar.

San José, lo que sí debió captar enseguida, es que su vida además de difícil e importante era **misteriosa**, y eso... porque Dios estaba de por medio, y Dios siempre es misterioso... y al misterio sólo se llega por el silencio. Como lo hicieron y lo siguen haciendo los grandes místicos. De hecho, las dos palabras vienen de la misma raíz.

¡Cómo iba a acoger a la Palabra hecha carne en el ruido y el bullicio de las palabras! Os parece poco misterio Es normal que diese una respuesta llena de gestos y de silencio. José cede su protagonismo a la iniciativa de Dios. Y para oír y ver el pasar de Dios por su vida hizo silencio.

Y yo me pregunto ahora: ¿No estará nuestra sociedad y cada uno de nosotros necesitados de ese silencio de San José? ¿No tendríamos más fuerzas para responder a esas situaciones difíciles o importantes de cada una de nuestras vidas, si pudiéramos ratos de silencio en ellas? Quizás no lo hacemos porque no pensamos que son misteriosas, porque no pensamos que Dios está en medio de ellas, como lo sintió San José. Pues nos equivocamos. Nuestras vidas son igual de misteriosas que la suya. En todas nuestras vidas Dios está presente. Para todos nosotros, Dios tiene una Voluntad. Y justamente el descubrir esa presencia, ese misterio, es lo que da valor a nuestras vidas. Y también lo que hace indispensable el silencio.

Pues que San José, el santo silencioso, nos lo enseñe.

Quisiera que hiciéramos juntos para terminar esta oración que me mandaron el otro día mientras preparaba estas palabras por wassap y que me encantó.

Enséñanos José:

Cómo se es “no protagonista”,
Cómo se avanza sin pisotear,
Cómo se colabora sin imponerse,
Cómo se ama sin reclamar.

Dinos José:

Cómo se vive siendo “número dos”,
Cómo se hacen cosas fenomenales desde un segundo puesto,
Cómo se sirve sin mirar a quién.

Explícanos José:

Cómo se es grande sin exhibirse,
Cómo se lucha sin aplausos,
Cómo se avanza sin publicidad,
Cómo se persevera y se muere sin esperar un homenaje,
Cómo se alcanza la gloria desde el silencio.

Dínoslo en este tu día buen padre José

Teresa Gárriz

Instituto Nuestra Señora de la Vida